



El mar vino a ver cómo mueren sus peces *Paráfrasis de la poesía de Fadir Delgado*

En un poema de su primer libro *La Casa de Hierro*, escrito a los 18 años, Fadir Delgado pronuncia tempranamente unos versos que pueden ser su arte poética: “Definir un camino no conocido/ Y abrir una puerta cerrada a lo humano”. El poema se titula *Cenizas en la carne* y en él Fadir quema la nave de sus miedos y deja su alma a merced de las olas: se vuelve un pez. Ha visto que “sólo queda un suspiro arrodillado en la orilla de los que esperan”, que “sólo quedan cenizas en la carne”, así que decide nadar hacia el fondo. “Han caído relámpagos envejecidos”, señala en ese mismo poema, y por eso quizá prefiere buscar una luz firme en las profundidades.

Para Fadir no hay diferencia entre la ciudad y lo humano. Sabe que en algún lugar se construye una iglesia sin dioses, que las grietas y arrugas se han extendido por toda la ciudad. En lugar de mirar hacia otra parte, Fadir se desliza entre ellas para mostrarnos la tierra sagrada que hubo antes debajo. Como esa ciudad “de mármoles carnales no habla”, la poeta barranquillera ausculta en el aullido del último abrazo el corazón perdido de la ciudad.

Fungiendo a la vez de cronista del desastre, nos muestra que la piel no resistirá el sudor de los asfaltos, que el deterioro es inexorable, que los relojes son mentirosos, que aunque el tiempo de los supermercados pareciera haberse congelado y su música neutra nos arrulle traicioneramente; aunque el orden de las filas detrás de las cajas registradoras y los productos en la estanterías nos den una sensación de aséptica y fría serenidad, y de falso equilibrio, por dentro seguimos cayéndonos a pedazos.

Fadir aguarda con una luz herida balanceándose en su rostro. Con esa luz a medias, recorre este acuario sin agua, esta ciudad de tierra dolorosa, donde todos estamos muertos de miedo, transitando en autobuses sin alma, con angustia de perro callejero. Ella se vuelve el mismo mar que viene a ver cómo se mueren sus peces. Su segundo libro *El último gesto del pez* señala insistentemente el río que pasa detrás de los edificios y los arroyos invisibles debajo del asfalto; sus poemas nos invitan a atravesar las espaldas sucesivas de la ciudad para alcanzar el rostro del mar.

Si “los molinos de viento se reúnen en algún lugar del mundo para hablar del viento”, Fadir convoca una reunión de peces para hablar de la continuidad del mar. En esa convención se escuchan protestas por los aburridos edificios, por el grito de los carros, por el afán y los insistentes autobuses que vienen a buscarnos para torturarnos. La poesía de Fadir interpela las paredes que alguna vez fueron árboles y adelgaza la voz hasta el burbujeo inaudible del espíritu. Sus métodos son sinceros: sacar a pasear la locura y sentarla en una banca de parque, inventarle treguas a la mueca repetida de la ciudad, sacarle la lengua a los zapatos callados frente al semáforo, bailar sobre sábanas de cemento, y mirarse en ridículos pisos que imitan a los espejos y esquinas que insisten en adornarse con la mala sombra de las luces.

“El barrio es ahora un ojo semiabierto que no quiere dormirse”. Fadir ha hecho de su poesía su propio barrio insomne: lo ha armado con el color amarillo de la Primaria y el olor húmedo de los verdes pupitres de la escuela. Ha convertido las sombras y los recuerdos en sus verdaderos vecinos, y ha mudado a su casa la misma muerte, pues es la única forma de saber exactamente dónde está la vida.

A la hora en que las sillas se abandonan en las terrazas y los perros dejan escapar los últimos ladridos, Fadir nos muestra cómo termina de desbaratarse la ciudad. Los parroquianos no lo saben, porque ellos mismos se han vuelto escombros de sí mismos. No se dan cuenta de que ha cambiado el color de los cines, que cada día se inauguran nuevos escombros y que las ratas se disfrazan para ir a la fiesta. No advierten, apunta Fadir, que hay tardes como esta que se extienden como serpientes y casas que arrastran la indiferencia de las calles.

Con su turbia cordura, los habitantes de la ciudad se hacen los locos y se quedan en sus casas remendando el otro día que se les viene. Pero pronto el cemento callejero se meterá en las sábanas y será inútil arrancarnos la carne de asfalto, nos advierte Fadir. Y estaremos como siempre a la intemperie, sobre “la adolorida y farsante calle”. Y la calle no será más que “un sepulcro que le toca tragar muertos y más muertos”, muertos que no ha pedido.

